

Las estrategias identitarias: entre el *ser* y el *hacer*

*Miquel Rodrigo Alsina

En Londres, en 1971, George Harrison había convocado un concierto en solidaridad con la independencia de Bangladesh. En el desarrollo del programa del acto Ravi Shankar, Alla Rakah y Kamala suben al escenario y durante un minuto hacen sonar su *sitar*, tabla y *tampura*. Cuando finalizan, la sala los premia con una enorme ovación. Entonces Ravi Sankar se aproxima al micrófono y dice: “Muchas gracias, si les ha gustado la afinación de los instrumentos, espero que disfruten de nuestro concierto.”

La comunicación intercultural, en este caso musical, no siempre es fácil y puede dar lugar a muchos malentendidos. Pero recordemos que la comunicación interdisciplinar tampoco es sencilla, y también puede producir dificultades de comprensión. Sin embargo, ambas son, cada día, más imprescindibles. Este esfuerzo necesario de una comunicación intercultural e interdisciplinar es el que se plantea cuando se trata el tema de las dinámicas identitarias. La identidad es un objeto de debate polémico, seguramente porque es un tema importante. Sobre la identidad se han producido, y se siguen produciendo, discursos polifónicos que discrepan tanto en su carácter ontológico como en la función de la identidad. Es en esta discrepancia donde puede apreciarse la riqueza de un objeto de estudio y su interés.

En primer lugar, haré una breve reflexión sobre el aspecto ontológico de la identidad –el *ser* de la identidad– para, a continuación, entrar en su función –el *hacer* de la identidad– en la sociedad actual.

LA ONTOLOGÍA DE LA IDENTIDAD

En la discusión ontológica sobre la identidad se plantea si ésta es un elemento esencial del ser humano o si se constituye culturalmente. En mi opinión, la postura esencialista se equivoca, a menos que se entienda la identidad como una matriz vacía de sentido cuyo vertimiento dependería del contexto cultural. Todos los seres humanos somos susceptibles de ser socializados, siendo en este proceso de socialización cuando se construyen, inicialmente, las identidades. Para Castells (1998: 29), “es fácil estar de acuerdo sobre el hecho de que, desde una perspectiva sociológica, todas las identidades son construidas.”

Pero a pesar de este posible consenso, desde la propia sociología, la polémica no cesa. Hamelink (1989: 418), por ejemplo, sostiene una de las posturas más críticas, al considerar que el concepto de “identidad cultural” es inadecuado y debe eliminarse de la discusión académica. Su argumentación es la siguiente: la identidad cultural no es análoga a la de los seres humanos. Por lo tanto, la identidad de éstos debe ser entendida como personalidad individual y la identidad cultural haría referencia a lo que la cultura es. Esta referencia a la personalidad de la cultura supondría, por una parte, que es posible aislar un sujeto identificable de una cultura y que este sujeto debería tener unas características determinadas.

Parte de las críticas que hace este autor me parecen acertadas. Sin embargo, quisiera puntualizar que Hamelink está hablando de la identidad de una cultura más que de la identidad cultural. La identidad de una cultura haría referencia a las particularidades que se le podrían asignar a una cultura determinada, mientras que la identidad cultural son las características que una persona o un colectivo se atribuye para sentirse partícipe de una cultura concreta. Es una cuestión de perspectiva, pero esta distinción es muy importante. La identidad de la cultura, por su parte, es un concepto más bien propio del discurso político que hacen determinados grupos hegemónicos, los cuales pretenden imponer al resto de la comunidad unos rasgos simbólicos y unas prácticas culturales como propios de esa cultura determinada. Por eso, se tiende a ver la identidad de la cultura como algo único y esencial.

Por mi parte, creo que se puede hablar de identidad cultural como de la posibilidad de pertenecer a uno o a varios grupos. Es decir, la identidad cultural estaría constituida por el sentimiento de pertenencia a una o unas comunidades determinadas. Además, este sentimiento de pertenencia puede ser plural y flexible. Así, por ejemplo, una persona puede sentirse catalana, española, mediterránea y/o europea, según la relación que se establezca, la circunstancia en que se determina esta relación y el momento de la misma. De hecho, sería mucho mejor hablar de las “identificaciones de la persona”, como hace Ibáñez (1990: 11), que hablar de la identidad del individuo. De este modo, las identificaciones nos remiten al polimorfismo del ser y a su permanente reconstrucción. Habría que recuperar, también, el significado latino del término “persona”, que era la máscara del actor que

simbolizaba al personaje del drama. Estas identificaciones se establecerían entonces por la interacción con los demás. Tengamos en cuenta que la identidad es una relación dialéctica entre el Yo y el Otro. No hay identidad sin el Otro. Por consiguiente, al hablar de la identidad propia hay que considerar también la identidad ajena. La identidad personal es básicamente producto de la/s cultura/s que nos socializan, mientras que la identidad cultural se fundamenta por el sentido de pertenencia a una comunidad. Tengo la impresión de que este sentimiento de pertenencia que se limita a una sola cultura es mucho más manipulable. Bajo ese supuesto hay que preguntarse: ¿quién tiene el poder para establecer los rasgos distintivos de la pretendida identidad de cultura?, ¿quién va a construir una identidad cultural canónica, a la que debo aproximarme para ser identificado y aceptado como miembro de la comunidad?, ¿cuál es el grado de diferencia que la comunidad me permitirá antes de estigmatizarme?

Una concepción de la identidad como múltiple, diversa y flexible es un buen antídoto contra la manipulación. Además, como señala Fitzgerald (1993: 13), “la idea de la identidad como algo unitario, estable, fijo, por encima del tiempo es, con toda probabilidad, una ilusión, aunque pueda ser funcional”.

LA FUNCIÓN DE LA IDENTIDAD

Seguramente, la función principal de la identidad cultural es la de ser una fuente de creación de sentido del entorno. Sin embargo, en nuestra sociedad actual, según Berger y Luckmann (1997), la modernidad ha traído un pluralismo que está generando una crisis de sentido en la sociedad. Para estos autores, las condiciones estructurales que producen esta crisis de sentido se encuentran, aunque en formas distintas, en todas las sociedades occidentales: “la más importante de esas condiciones es el pluralismo moderno, ya que éste tiende a desestabilizar el *status* de ‘algo dado’ conferido a los sistemas de sentido y valores que orientan la acción y sustentan la identidad” (Berger y Luckmann 1997: 105). Según Castells (1998: 394): “la disolución de las identidades compartidas, que equivale a la disolución de la sociedad como sistema social significativo, muy bien pudiera ser el estado de cosas de nuestro tiempo”. Ante esta situación, Berger y Luckmann (1997: 122) proponen que la investigación se dirija a los “tres niveles de la producción, la transmisión y la recepción de sentido: a) hacia la comunicación masiva; b) hacia la comunicación cotidiana dentro de las comunidades, y c) hacia las instituciones intermedias que actúan con ese carácter entre las grandes instituciones, las comunidades y el individuo”. Las instituciones intermedias serían desde los grupos ecologistas hasta distintas asociaciones, pasando por las Iglesias. Para Berger y Luckmann (1997: 125) “sólo

si las instituciones intermedias garantizan que los patrones subjetivos de experiencia y acción de los individuos contribuyen a la negociación y objetivación social del sentido, los individuos no se sentirán como completos extraños en el mundo moderno, y sólo entonces será posible evitar que la identidad de la persona individual y la coherencia intersubjetiva de la sociedad se vean amenazadas o incluso destruidas por una modernidad acosada por la crisis”. Considero que la postura de estos autores es, quizás, demasiado catastrofista. Por mi parte, me siento más próximo al análisis de Castells (1998).

Castells (1998: 29) señala que no hay que confundir los roles y los conjuntos de roles con las identidades: “las identidades organizan el sentido, mientras que los roles organizan las funciones”. Pero este autor se centra en la identidad colectiva, no en la individual, y propone la siguiente hipótesis: “quién construye la identidad colectiva, y para qué, determina en buena medida su contenido simbólico y su sentido para quienes se identifican con ella o se colocan fuera de ella”.

En la actual sociedad de la información, Castells (1998: 30) diferencia tres tipos de identidades:

a) Identidad legitimadora, que es la que introducen las instituciones dominantes de la sociedad para llevar a cabo y racionalizar su dominación frente a los actores sociales.

b) Identidad de resistencia, que es la sostienen aquellos actores que se encuentran en posiciones devaluadas o estigmatizadas por la lógica de la dominación de la sociedad.

c) Identidad proyecto, que se da cuando los actores sociales construyen una nueva identidad, a partir de los materiales culturales disponibles. Además, al hacerlo, no sólo redefinen su posición en la sociedad, sino que también buscan la transformación de la estructura social.

Evidentemente, como señala el mismo autor, ningún tipo de identidad tiene, *per se*, valor progresista o regresivo fuera de su contexto histórico. Es decir, para entender y valorar las identidades debe contextualizarse cada caso y no hacer extrapolaciones a momentos o lugares distintos.

Castells pretende analizar el poder de la identidad en la actual sociedad de la información, que él denomina la *sociedad red*. Esta sociedad se caracterizaría “por la globalización de las actividades económicas decisivas desde el punto de vista estratégico, por su forma de organización en redes, por la flexibilidad e inestabilidad del trabajo y su individualización, por una cultura de la virtualidad real construida mediante un sistema de medios de comunicación omnipresentes, interconectados y diversificados, y por la transformación de los cimientos materiales de la vida, el espacio y el tiempo, mediante la constitución de un espacio de flujos y de un tiempo atemporal, como expresiones de las actividades dominantes y de las élites gobernantes” (Castells, 1998: 23).

En relación a la identidad, Castells (1998: 33) pretende demostrar que “el ascenso de la *sociedad red* pone en tela de juicio los procesos de construcción de la identidad durante este período, con lo que induce nuevas formas de cambio social. Ello se debe

a que la *sociedad red* se basa en la disyunción sistémica de lo local y lo global para la mayoría de los individuos y grupos sociales”. Así, la hipótesis que propone es que en la situación actual “los sujetos, cuando se construyen, ya no lo hacen basándose en las sociedades civiles, que están en proceso de desintegración, sino como una prolongación de la resistencia comunal” (Castells, 1998: 34). Hay, por lo tanto, una reacción contra la globalización que difumina las identidades. Es decir, que mientras que la identidad legitimadora parece haber entrado en crisis, las identidades de resistencia son las formas actuales de construir la identidad, aunque quizás deriven hacia las identidades proyecto (Castells, 1998: 89-90). “Las nuevas identidades proyecto no parecen surgir de antiguas identidades de la sociedad civil de la era industrial, sino del desarrollo de las identidades de resistencia actuales. Creo que existen razones teóricas, así como argumentos empíricos, para esa trayectoria en la formación de nuevos sujetos históricos” (Castells, 1998: 396).

Para este autor (1998: 399) las identidades son un tema crucial, porque en la era de la información el poder gira en torno a los códigos culturales de la sociedad, y las identidades “construyen intereses, valores y proyectos en torno a la experiencia y se niegan a disolverse, estableciendo una conexión específica entre naturaleza, historia, geografía y cultura”.

Una antigua maldición china decía: “te deseo que vivas en una época interesante”. No deseo caer en un milenarismo absurdo, pero parece indudable que las dinámicas identitarias van a ser uno de los elementos configuradores del interesante siglo XXI que se avecina.

Referencias bibliográficas

Berger, P.L. y Luckmann, T. (1997) *Modernidad, pluralismo y crisis de sentido. La orientación del hombre moderno*. Barcelona: Paidós.

Castells, M. (1998) *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Vol.2 El poder de la identidad*. Madrid: Alianza.

Fitzgerald, T.K. (1993) *Metaphors of Identity. A Culture-Communication Dialogue*. Albany: State University of New York Press.

Hamelink, C.J. (1989) “The Relationship between Cultural Identity and Modes of Communication”, en J.A. Anderson (ed.) *Communication Yearbook/12*. Londres: Sage, pp.417-426.

Ibañez. J. (1990) “Prólogo”, en M. Maffesoli *El tiempo de las tribus*. Barcelona: Icaria, pp.9-19.